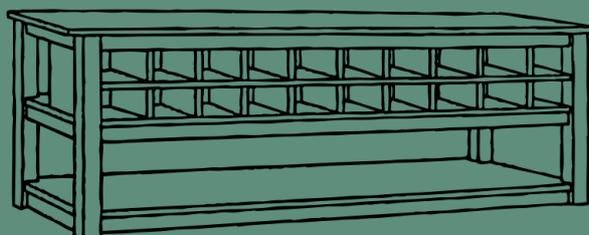


14

LABERINTOS

Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles

Año 2012



ENTREVISTAS Y TESTIMONIOS





«Apuntes Sobre una Vida: El Exilio», de Ramón Barros Santos (Moncho), 1910-1987

MARÍA ISABEL BARROS

Ramón Barros Santos, de profesión ingeniero industrial, nació en La Coruña. Desde niño pasa a vivir a Toledo junto con su familia. Se formó y trabajó en dicha ciudad. Poco antes del comienzo de la Guerra Civil española, toda la familia se traslada a Madrid.

Participa activamente en la guerra, concretamente en el frente de Madrid, hasta los últimos días de marzo de 1939. Junto a varios compañeros, consigue llegar a Valencia, donde embarcan en el Lezardrieux, inicio de un exilio que duraría dieciocho años. En sus memorias da una visión panorámica del exilio republicano español, desde el norte de África hasta la Unión Soviética (URSS). Relata cómo llegaron a Orán, la permanencia en el barco alrededor de un mes, junto al Stanbrook. Luego el campo de concentración de Boghari, donde estuvo antes de salir rumbo a Francia y, desde allí, a la URSS. Cuenta con detalle las peripecias de la vida en las fábricas rusas, las dificultades cotidianas de los españoles allá y los miedos e incertidumbres que pasaron. Explica los comienzos de Radio Pirenaica, en cuya redacción trabajó, y ejerció también como «escucha» en la Komintern durante la Segunda Guerra Mundial en Ufá y en Moscú. Relata la vida política de la Eje-

cutiva del Partido Comunista de España en Rusia y, finalmente, todas las circunstancias que hicieron posible su retorno en 1956.

Presentación

Mi padre, Ramón Barros Santos (Moncho), nació en 1910 y falleció en 1987. Ingeniero industrial de profesión, le tocó participar activamente en la Guerra Civil española. Concretamente, en el frente de Madrid. Luego la huida, el exilio en Rusia y el retorno a España en 1956.

Aunque nació en La Coruña, desde muy niño se trasladó a Toledo junto con su familia, donde creció, estudio y trabajó hasta la guerra. Toledo tiene una carga emocional muy importante para él, ya que fue la ciudad donde se formó. Eso se refleja permanentemente en sus memorias. Allí tuvo un grupo de amigos, compañeros de bachillerato, cuya amistad se mantuvo a través del tiempo. En los años de la guerra, el destino de cada uno de los «bachilleres» fue distinto y sorprendente. Con el único que mi padre pudo mantener contacto durante la época del exilio en Rusia fue con Javier Malagón Barceló, por residir éste en aquella época en México. Cuando mi padre regresó a España, trató de localizar a sus amigos de la niñez y adolescencia y comenzó a encontrarlos uno a uno. Algunos se habían exiliado, otros habían permanecido en España. Finalmente, se encontraron todos con la agradable sorpresa de que ninguno había perecido durante la contienda. Durante muchos años se reunieron anualmente, llegando a acudir desde el extranjero los que aún permanecían allá, para ese encuentro, siempre rejuvenecedor para ellos. Como es natural, todos querían saber de las pe-

ripecias de sus amigos durante los largos años de separación (más de dieciocho años). Mi padre, por insistencia de Javier Malagón, comenzó a escribir cartas en las que les iba relatando sus experiencias vividas, tan entrelazadas con los acontecimientos mundiales como la Segunda Guerra Mundial y su participación en la política: primero, durante la guerra, y, luego, en el exilio, aunque desde una tercera fila tal vez, pero como protagonista al fin y al cabo.

Enseguida quedó claro que la vida de mi padre fue mucho más agitada y variada, con demasiados intereses diferentes, por lo que los amigos le insistieron en que debía escribir sus memorias, porque no se trataba sólo de satisfacer la curiosidad de éstos, sino que, como protagonista de algunos hechos históricos, debía dejarlos consignados para que las futuras generaciones tuvieran conocimiento de ellos. Así comienza a escribir sus memorias, tratando de ser lo más fiel posible a sus recuerdos. Hacia 1980 terminó de escribirlas. Salieron alrededor de mil doscientas páginas, escritas con la mayor sinceridad posible. Mi padre escribía bien, pero no concibió sus memorias como una novela, sino como un testimonio.

Mi padre falleció en 1987 y desde entonces sus memorias han estado guardadas, leídas únicamente por amigos o familiares que, sabiendo de su existencia, se interesaron por ellas.

Ahora, cuando sus hijos ya somos mayores, y conscientes de que no estamos aquí para siempre, nos parece que urge intentar la publicación de estas memorias, porque no es bueno que dejemos este asunto pendiente para una tercera generación.

Es una tarea complicada, porque sus descen-

dientes no somos personas relacionadas con el mundo editorial o literario. Por otro lado, no queremos que sean noveladas, sólo queremos que se conozca la experiencia de vida tal cual la sintió y la vivió nuestro padre.

Hemos dividido las memorias en cuatro partes: La Alborada y La Lucha, La Guerra, El Exilio, y La Vuelta del Hijo Pródigo.

A continuación presentamos únicamente un fragmento de la parte dedicada a El Exilio. Sólo nos resta agradecer a la revista *Laberintos* en la persona de su director, Manuel Aznar Soler, su gentileza al ofrecernos el espacio de esta revista dedicada a los exilios culturales españoles para publicar este fragmento de mi padre. ■





El Exilio (fragmento)

RAMÓN BARROS SANTOS (MONCHO)

Los nueve miembros de la J(uventud) S(ocialista) U(nificada), previamente desarmados por los guardias de asalto que protegían los muelles, nos dirigimos, mohínos y cabizbajos, a la escotilla de acceso a la bodega del «Lezardrieux». Éramos conscientes de que para embarcar nosotros, Fernando Rodríguez había tenido que tachar diez nombres de camaradas del Partido que quedaban para el barco siguiente. Entonces no sabíamos que aquél iba a ser el único barco que zarparía de Valencia moderadamente cargado de evacuados. Mejor dicho: ¡sería el único buque con evacuados que partiría del puerto de Valencia!

Desarmados, entristecidos, confusos, llenos de incertidumbres, descendíamos en fila india por la escalera provisional de madera montada allí, a prisa y corriendo, para que pudieran descender personas en lugar de los fardos habituales de carga. El hombre que me precedía dio un traspiés y se precipitó al fondo de la bodega hecho un revoltijo con sus maletas. Se partió el cuello. Y allí acabaron sus aventuras. Su cadáver fue evacuado rápidamente. Nunca supe quién era. Sólo averiguamos que sus maletas, reventadas por el golpe, aparecieron llenas de azafrán, el dinero en especie más cotizado en aquellos días, lo mismo en España que en el extranjero. [...]

Transcurrió una hora quizás. ¡A nosotros nos pareció un siglo! Hasta que el ruido de las máquinas y el chirriar de cadenas nos indicó que levábamos anclas y desatracábamos. [...]

Había un joven al volante del timón. Me recibió ceñudo, pero no me dijo nada. Al poco rato logré romper el hielo y entablar conversación, chapurreando en muy mal francés por mi parte. Él chapurreaba a su modo el español. Pero nos entendimos. Casi todos los tripulantes eran miembros de las Juventudes Comunistas de Francia. Llevábamos trescientos cincuenta pasajeros pertenecientes a todos los partidos políticos del Frente Popular. Le expliqué que éramos nueve de la JSU y se alegró. Nos hicimos amigos. Navegábamos rumbo a Orán. [...]

Aún no había roto el alba cuando dos resplandores y dos zambombazos nos sobresaltaron. El barco paró maquinas enseguida y al puente acudieron dos o tres tripulantes más, medio adormilados. Uno de ellos era el capitán. Ni se fijaron en mí. Corrieron al departamento del telegrafista. En el puente quedamos el timonel y yo perplejos, sin saber qué hacer ni decir. [...]

Pronto salimos de dudas. Un barco de guerra franquista nos había largado una andanada de proa y otra a popa. Era una orden de detención. Querían registrar el barco. El capitán se negaba: estábamos fuera de aguas jurisdiccionales españolas y aquello constituía una agresión, un acto de piratería. ¡Hay que tener muy mala leche para «a enemigo que huye no ponerle puente de plata»! Allí había para llenar un tren. [...] De pronto, las máquinas comenzaron de nuevo a funcionar. No pude aguantar más y volví a subir a cubierta. Navegábamos majestuosamente. [...]

Trepé al puente y mi amigo el timonel me sonrió. ¡Todo arreglado! —dijo—. Me extrañé de que los franquistas hubieran renunciado tan fácilmente a su presa. No —dijo—, ellos no han

renunciado. Mientras el capitán discutía con los franquistas sentados en una chalupa, el telegrafista lanzaba continuos sos [...] A sus llamadas acudió, al parecer por pura casualidad, un barco de guerra norteamericano que, ¡a saber qué hacía por allí!, se interpuso entre nuestro barco y el de los nacionales y nos permitió huir. [...]

Allí estaba casi todo el Comité Provincial del Partido de Madrid: Mendezona, Abad, Barrios y otros que no recuerdo. También viajaba con nosotros Arturo Jiménez, pero no estaba allí; por lo visto andaba por los alrededores del capitán, medio de incógnito. Allí estaba el Mayor Fernández Cortinas, Parrita, Manuel Puente, un hermano de Diéguez y otros conocidos comunistas hasta el número de cuarenta. Los demás nos eran totalmente desconocidos. Se trataba de miembros del Partido Socialista, casi todos valencianos, afiliados, dirigentes de la UGT, dirigentillos de la CNT, etc. Al leer el libro de Edmundo Domínguez, *Los vencedores de Negrín*, me encontré con la sorpresa de que también él salió en el «Lezardrieux». Bien porque no le conociéramos a fondo, bien porque procuró guardar el incógnito y desembarcar enseguida, no nos enteramos de su presencia. [...] La vida en el campo de Boghari no fue penosa para los allí refugiados, teniendo en cuenta las circunstancias [...] nos sacaron del campo [...] Llegamos a Marsella. [...]

Partimos de nuevo en tren para El Havre, donde nos esperaba el buque soviético «Koopersia», destinado a llevarnos a la URSS. La emoción nos embargaba al entrar en la nave. Estábamos en territorio ruso, bajo bandera soviética, acogidos clamorosamente por la tripulación y despedidos con gran afecto por los camaradas franceses.

Éramos ya los héroes de la resistencia española, combatientes por la libertad homenajeados por la clase trabajadora mundial. [...]

Navegábamos tranquilos con buena mar. Íbamos a Leningrado. [...] Nos sentíamos felices. [...] Nuestro compañero Abollado hacía de traductor... (Nos destinaron a una gran fábrica de automóviles de Moscú, la fábrica «Stalin»). [...]

En el verano de 1940 [...] aproveché unas vacaciones que nos concedieron en la Escuela para hacer con Isabel un viaje a Eupatoria. Había allí una Escuela de Niños Españoles en la que se encontraba la hermana pequeña de Isabel, Benilde, a quien no veía desde España. [...]

Un hecho nos impresionó profundamente. En aquella escuela había siete niños, de los más pequeños, de cinco o seis años, a los que sus compañeros llamaban los siete enanitos, los cuales no sabían ni su nombre, ni sus apellidos, ni su procedencia. Eran todo un símbolo de la tragedia que vivió el Norte de España durante la guerra civil y del desorden en que se efectuaron algunas evacuaciones. Benilde estaba bien, sin problemas, pero la presencia de los siete enanitos nos dejó un sabor amargo pues nos acercó, una vez más, a la desdicha de nuestra contienda, que había supuesto para muchas familias españolas que ignoraban, e ignorarían para siempre, el paradero de sus hijos. En algún punto de su largo viaje se perdieron los papeles que los identificaban. Presenté el caso en el KIM y no se pudo conseguir nada. La situación en España y la guerra de Europa impidieron todos los intentos de identificación. ¡En realidad no había por dónde empezar! [...]

En cuanto empezó la guerra, Segis y yo fui-



mos incorporados al Servicio de Escucha de la Komintern, que dirigía un checoslovaco llamado Geminder, esposo de Irene Falcón, la secretaria de Dolores Ibárruri. Teníamos que trabajar de noche para captar todas las emisiones de radio que hablasen en español. Debíamos hacer un resumen de lo escuchado, se lo dictábamos a las mecanógrafas y, después, pasaba al servicio de información confidencial, cuyo boletín debería hallarse temprano, por la mañana, en la mesa de cada uno de los secretarios de la IC (Internacional Comunista o Komintern). [...]

Nuestro grupo se incrementó, incorporándose a él Vicente Pertegaz, ex jefe de División, al que ya conocemos; Echenique, joven y locuaz vasco; Lolita Azcoaga y Marina Sendin, como mecanógrafas; y, más tarde, otro joven, Baudelio. Con Castro como jefe formamos un grupo muy unido y dicharachero que procuraba pasar los malos ratos con el mejor buen humor posible. La llegada de Dolores y Antón nos proporcionó un nuevo e interesante trabajo: Radio España Independiente. [...]

La Komintern había organizado toda una serie de Radios Piratas que emitían desde Ufa a todo el mundo y en casi todos los idiomas. La nuestra se llamó así, con la coletilla de «Estación Pirenaica». Además de «escuchas», casi todos fuimos redactores bajo la jefatura directa de Castro y la supervisión de la «Pasionaria». Jesús Hernández, como representante del Partido Español, se había quedado en Kuibyshev junto a Dimitrov, Manuilski y otros altos ejecutivos de la IC, próximos al aparato del Gobierno soviético instalado en aquella ciudad. A nuestra redacción se incorporaron Antón, la propia Dolores, Irene

Falcón y Julio Mateu [...]

Escribíamos afanosamente por la tarde para que las mecanógrafas pudieran pasar los originales, en limpio, a Dolores y Togliatti, que hacían la supervisión. Por la noche «escuchábamos» y dormíamos de día, hasta la hora de comer; después, vuelta a empezar. Castro es el jefe inmediato de Redacción y Escucha. Tenemos que darnos prisa, pues los artículos, después de supervisados, tienen que ser entregados a Echenique, el cual, de cuatro zancadas, debe plantarse, desde los Urales en los Pirineos, para, desde allí, dirigirse a nuestros compatriotas. Gracias a que Echenique es un mozarrón vasco, con buenos pulmones y buenas piernas y, a las diez de la noche ya está gritando al aire: ¡Aquí, Radio España Independiente! ¡Estación Pirenaica! [...]

Correría el mes de mayo cuando en Ufa aparecieron Isabel y mi hijo, junto con los familiares de otros compañeros. Vienen escualidos como galgos de carrera, después de un viaje tan largo y epopéyico como el mío, quizá algo más corto, de diez a doce días de duración, a lo largo de la ruta fluvial más famosa de Rusia, en una gabarra de transporte, sin remos ni bateleros. [...]

No es muy halagüeño lo que descubro. En las alturas del Partido hay una lucha sorda por el poder dentro de la organización. [...]

Fue en estos días de la victoria cuando la nostalgia de España se exacerbó. Era la hora del regreso a su patria para millones de seres desplazados por la guerra. Muchos habían abandonado su tierra natal como soldados, otros huyendo de persecuciones o de bombardeos y escaseces. Prácticamente todos podían regresar a sus lares. ¡Y, mira por dónde, los exilados españoles no

podíamos hacerlo! Ni los que estábamos en Rusia, ni los que se hallaban en otros países. Franco no había perdonado. Tampoco hubiéramos querido su perdón. ¡Deseábamos volver con la cabeza alta! [...]

Y, sin embargo, el sentimiento patrio bullía en nosotros con más fuerza que nunca. La Patria, esa idea abstracta de la que tanto habíamos desconfiado y que tanto habían utilizado otros como señuelo para que la gente del pueblo luchase por los intereses de los poderosos, tomaba ahora cuerpo en nosotros, se materializaba en la familia abandonada, en los amigos de la infancia, en los camaradas de lucha que en ella habían quedado. Se corporeizaba, para mí, en la entrañable Toledo, en La Coruña natal, en el Madrid de los combates, en los viejos y en los recientes recuerdos. Y dolía muy hondo. Te desesperaba su distancia en el espacio y su lejanía en el tiempo. Pero sabíamos que ninguna de estas dos magnitudes era insalvable. Es más, estábamos muy cerca de vencerlas. Pues, ¿acaso el régimen de Franco no era una hijuela nazi? ¿Acaso la España franquista no había sido beligerante contra Rusia con la División Azul? Estábamos seguros de que, entre los rusos y los aliados, acabarían muy pronto con él. Y volveríamos como hijos pródigos al son de fanfarrias triunfales. [...]

Las dificultades de la posguerra eran muchas para nosotros y para los rusos. Pero podían comprenderse porque eran dificultades para todos. Sin embargo, yo creo que influía más la pérdida de los objetivos políticos, la desesperanza en un pronto retorno a la patria, pues ello hacía que nuestra presencia en Rusia pareciera una cosa sin sentido. Había que escoger entre mar-

charse a cualquier otro país capitalista, o proseguir la lucha, o incorporarse definitivamente al pueblo ruso como un ciudadano soviético más, con todas sus consecuencias. [...] Todas estas circunstancias aceleraban la descomposición entre los exiliados españoles. Quedaba limpiamente la lucha por ir tirando económicamente hasta que, algún día, un cambio en la situación nacional o internacional, nos permitiera el tan anhelado regreso. [...]

Así pues, se desató el forcejeo por conseguir aquellos puestos que permitieran vivir con menos ahogos. Esto requería disputárselos a los que ya los tenían. [...]

No tardó en surgir otra perspectiva aún más negra. Una de las gracias de la posguerra fue que el Partido Bolchevique se dedicó a hacer purgas para «limpiar» sus filas. Tras él siguieron los demás partidos comunistas y, ¡no faltaba más! también el nuestro. [...]

En noviembre de 1947 llegaron de Francia a Moscú Fernando Claudín y el ex ministro Vicente Uribe. Traían órdenes concretas del Comité Central del Partido, de cuyo organismo eran miembros, para efectuar la purga en la emigración. La presencia de Claudín, miembro a su vez de la Comisión Ejecutiva de la JSU, significaba que también ésta intervenía en ella o, por lo menos, se lavaba las manos. [...]

Intervino Vicente Uribe. Éste pronunció ya los nombres de los acusados y las acusaciones. Él dió la pauta para los assembleístas. Nos acusó de contaminación capitalista, de desviaciones burguesas y de ser la escoria de la áurea fundición del Partido. Un silencio de asombro acogió su discurso. Todos los acusados éramos gentes de



segunda fila y, generalmente, apreciados. Una sorpresa increíble: entre los acusados figuraba Julio Mateu. Aún se añadía un quinto inesperado, Juárez. Hubo cientos que se sintieron aliviados; ellos no estaban en la lista. Todo el mundo conocía las murmuraciones recíprocas. Todos creían que la intervención iba dirigida a otros posibles acusados. Así que se quedaron de piedra. Pero la pauta estaba dada y ya sabían lo que se pedía de ellos. ¡Ahí tenían la carnaza! [...]

Y empezó lo más bochornoso. Los compañeros, los amigos de siempre, empezaron a intervenir apresurados, inventándose hechos que pretendían probar las acusaciones de Uribe. Los que más frecuentaban nuestra amistad, temerosos de que les considerasen cómplices, se apresuraban a intervenir expresando su repulsa, afirmando que los teníamos engañados. ¡Había cundido el pánico! [...]

Afortunadamente los soviéticos no se tomaron en serio la sanción y en nada contribuyeron a agravar ésta. Pero nosotros no conocíamos esta benigna interpretación soviética y, durante dos años o más, cada vez que llamaban a la puerta de nuestras casas pensábamos que era la policía para llevarnos a Siberia o ante una tapia, como había ocurrido a los purgados de otros partidos [...]. El miedo, la vergüenza y la desilusión que sufrimos jamás se nos olvidarán. El coro de voces que pedían el castigo ejemplar eran tus viejos amigos, los compañeros que con nosotros habían compartido todas las vicisitudes a lo largo de años y años de lucha, que nos conocían a fondo, de la calle, de la cárcel, de la trinchera ¡Fue una auténtica estampida! ¡A decir verdad sé que muchos pasaron más vergüenza que nosotros! Por-

que algunos tenían conciencia, pero el miedo era superior a todo. [...]

No hay duda de que todo aquello era la tragedia más grande que hasta entonces me tocó vivir. Aquellas horas fueron, sin duda, las más amargas de mi existencia. Y sin embargo, no todo fue negativo. [...]

La rehabilitación oficial llegó de una manera insólita: se celebraba un cumpleaños de la Pasionaria en un gran hotel de Moscú. Recibí una invitación oficial del Partido. Me preparé para pasar otro mal trago. Acudí. Lo de siempre: los compañeros me miraban de reojo sin saber qué hacer. Por si acaso, siguieron sin dirigirme la palabra. Yo estaba también despistado. Allí aparecía sólo la élite de la emigración, que acudía a prestar rendido homenaje al jefe. De los sancionados era el único presente. [...]

Todos estábamos en el vestíbulo del hotel esperando la llegada de Pasionaria. Yo, como siempre desde la sanción, solo y algo apartado. Se produjo una revuelta: entraba Dolores. Echó una amplia ojeada a todos los presentes y se vino derecha a mí. Me abrazó, me preguntó en voz alta por Isabel y mis hijos. Su séquito sonreía. Apenas se apartó, todos los compañeros se abalanzaron sobre mí a abrazarme y felicitarme. ¡Se había producido la rehabilitación! [...] Yo no salía de mi estupor. No sentí alegría alguna, más bien una sensación de asco. [...]

Desde entonces volví a ser para todos, menos para mí, el Moncho de siempre. Volvieron a sentarme en la mesa del Presidium en los actos públicos de la emigración. Fui nombrado oficialmente responsable del colectivo de la fábrica «Stalin» y todos intentaron recobrar mi amistad.

[...]

Hicimos amigos rusos. Nos empapamos de la vida rusa, que ahora podíamos conocer a fondo. No obstante, la procesión iba por dentro y los deseos de volver a la lejana patria iban en aumento. [...]

Sólo a mi regreso a España tuve una confirmación trágica de casi todos aquellos rumores al encontrarme con algunos de los estudiantes para pilotos a los que me referí más de una vez en estos apuntes, supervivientes de una tremenda odisea que paso a contar a grandes rasgos. El hecho es sobrecogedor pero rigurosamente cierto. [...]

En este trágico recorrido se encontraron con otro grupo de españoles que venían sufriendo análoga odisea. Se trataba de marinos que, tripulando barcos mercantes españoles, el final de la guerra civil les había sorprendido anclados en puertos soviéticos. En buena lógica dependían exclusivamente del Gobierno de la República. Nada tenían que ver con las autoridades rusas. [...] Pues los soviéticos los desembarcaron, se incautaron de los barcos y los invitaron también a incorporarse a la producción soviética. [...]

Unos aceptaron, otros se negaron y pidieron que les dejaran partir para el extranjero. Las autoridades rusas se lo negaron. Serían unos sesenta al estallar la guerra entre Alemania y Rusia, y fueron enviados a trabajos forzados al Mar Blanco, a un campo llamado Norilskaya. Cuando se encontraron con los pilotos sólo quedaban veintitantos. Los demás habían muerto de hambre, frío y enfermedades. Uno se había suicidado. Tampoco ellos querían volver con Franco. Ansiaban sólo organizarse la propia vida a su modo. [...] Se produce otro encuentro más odioso aún. En

uno de aquellos campos se tropiezan con los prisioneros de la División Azul. [...] Los tres grupos tan distintos forman ya uno solo, el de españoles cautivos. Todos ellos tienen un deseo común, recobrar la libertad y salir de la Unión Soviética. Al grupo de pilotos le añaden los desertores de la División Azul que son también considerados como prisioneros. Entre pilotos y marinos ya hay gente que quiere volver a España, pero hay otros que persisten en su idea de salir al extranjero y no quieren saber nada de Franco. Sin embargo, entre todos se establece la solidaridad de la desgracia. La Cruz Roja y el gobierno franquista tampoco hacen distinciones y cuando se realizan gestiones para la repatriación de los prisioneros de la División Azul, en la lista van incluidos los doce pilotos y los trece marinos supervivientes de la trágica odisea. [...]

En abril de 1954 embarcan todos en el buque griego «Semíramis» y, bajo la protección de la bandera de la Cruz Roja Internacional, zarpan de Odesa rumbo a Valencia doscientos ochenta y cinco españoles. La tremenda e incomprensible aventura que para muchos ha durado catorce años, ha terminado. [...]

Había un grupo activo que se movía a espaldas del Partido español y de las autoridades soviéticas: los ex niños españoles no readaptados. [...]

En el año 1955 un grupo de estos jóvenes, de los más revoltosos, comenzó a inquietarse. Alguien les dijo que eran «desplazados de guerra» y, como tales, podían volver a su patria bajo la protección de la ONU y de la Cruz Roja Internacional. Todo era rigurosamente cierto. Se trataba de auténticos desplazados involuntarios por nuestra guerra civil desde 1937 y tenían perfecto



derecho a acogerse a dicha protección [...]

Cuando empezaron su agitación se ganaron inmediatamente de enemigo al Partido español a quien, naturalmente, no le podía agrandar una petición masiva de regreso a España en pleno régimen franquista. El grupo fue calificado inmediatamente de «chicos malos», no sólo porque eran los más levantiscos, sino porque eran los más atrasados en sus estudios y los menos disciplinados en las fábricas. [...]

Realmente se trataba de los chicos peor tratados por las peripecias de la guerra. Habían tenido que ser evacuados a todo galope de sus escuelas de niños porque se aproximaban los alemanes. Muchos de ellos, medio abandonados por sus cuidadores, fueron a parar, como la hermana de Isabel, a la República Alemana del Volga [...] Bien, pues estos «chicos malos» llegaron a la conclusión de que no les gustaba la vida en la URSS y que ya era hora de volver a su patria, a la cual, quizás, idealizaban demasiado. Deseaban volver a ver a sus padres y hermanos y trabajar donde y como ellos quisieran. [...]

Uno de los muchachos rebeldes, un tal Doménech, que había sido reclamado por sus padres, recibió por entonces la autorización para repatriarse vía Francia. Le encargaron que, en nombre de todos, visitase en París al entonces embajador de España en la República Francesa, Marqués de Casas Rojas. Doménech cumplió a la perfección el encargo y no sólo se entrevistó con el embajador español y el representante de la Cruz Roja Española en París, sino que, en Madrid, logró hablar con Martín Artajo, ministro entonces de Relaciones Exteriores, y armó en Francia y en España el revuelo padre. [...]

El Partido acogió bien esta propuesta y, escogiendo del mal el menos, confeccionó una lista de muchachos en la que sólo figuraban «chicos buenos»: ingenieros, arquitectos, licenciados, obreros calificados, etc. Esa lista fue entregada en Moscú a la embajada francesa, ya que se requería el visado de Francia al hacerse la repatriación por tierra. [...]

En la lista no figuraba ninguno de los «chicos malos», los cuales, por muy «malos» que fueran, habían sido, al fin y al cabo, los que iniciaron y realizaron todas las gestiones con las autoridades francesas, rusas y españolas. El embajador francés debió quedarse boquiabierto y les manifestó que él ni entraba ni salía en quiénes eran los que solicitaban la repatriación. Los «chicos malos» esgrimieron el telegrama de Martín Artajo a su nombre, en el que más o menos, decía: «Autorizo la repatriación de quinientos españoles». – Pero yo no tengo más que estos nombres – decía el buen hombre, enarbolando la lista del Partido. [...] Los «muchachos malos», con este telegrama en la mano y una buena dosis de rudeza, se dirigieron en masa al Partido español y a las autoridades soviéticas, armando buen jaleo por las calles de Moscú. Finalmente consiguieron una lista oficial en la que figuraban ya los «chicos malos» y los «chicos buenos». [...]

Esta situación violenta ha durado varios meses y ha soliviantado a toda la emigración. Hay muchos mayores que quieren seguir el ejemplo de los chicos y pretenden regresar a España. El Partido comienza a recibir peticiones de repatriación de gente que nada tiene que ver con los chicos. Hay chicas casadas con mayores españoles. Hay chicos casados con rusas. ¡Todo un lío! [...]

El gobierno soviético se muestra transigente y el español también. Lo que en principio era una oportunidad para los chicos se ha convertido ya en oportunidad para los mayores. Como es natural, entre los mayores que solicitan la repatriación no hay activistas del Partido. [...]

Balaguer me informó de que, con motivo de las famosas listas, representantes del gobierno franquista declaraban, ante la Cruz Roja Internacional y ante representantes de la ONU, que en ningún caso habría represalias contra nosotros [...]

El comunicar a la fábrica mi decisión de repatriarme fue para mí un mal trago. ¿Cómo reaccionarían mis compañeros de trabajo? Marchar del país del socialismo a un régimen totalitario como el de Franco era difícil de razonar. Pero todo fue comprensión por su parte: ¡Claro, decían, la patria y la familia siempre tiran! Me felicitaban y abrazaban. Me organizaron un homenaje de despedida al que asistió todo el personal de la Sección, desde el jefe hasta el último obrero. Junto a las máquinas del taller intervinieron el Jefe de la Sección, el secretario del Partido Bolchevique y el de los Sindicatos, y me entregaron allí mismo varios entrañables regalos que aún conservo con inmenso afecto. ¡Yo no podía pedir más! ¡Esperaba mucho menos! [...]

A finales de noviembre, cariñosamente despedidos en la estación de Moscú por rusos y españoles, tomamos el tren que nos conduciría a Odessa. Al día siguiente, de madrugada, zarpábamos del puerto del Mar Negro en el barco soviético «Krym» (Crimea) rumbo a Valencia. La oportunidad se había consumado. Nuestra permanencia en Rusia acababa a los diecisiete años

y medio de exilio, de mayo de 1939 a noviembre de 1956. [...]

Atrás dejábamos el «paraíso perdido» con una sensación de alivio muy parecida a la alegría. Pero no podíamos echar las campanas al vuelo, pues ignorábamos lo que nos esperaba en nuestra tierra. Queríamos creer en todas las promesas pero, por dentro, nos golpeaba la duda. [...]

Así, entre alivios, esperanzas e incertidumbre, comenzamos a surcar las aguas del Mar Negro camino, por fin, de España. [...] ■

Madrid, julio de 1980.

